

Concurso "Tras las Huellas de Cajal"

Título: El médico militar Don Santiago Ramón y Cajal.

Mención

Autor: DrC. Ricardo Hodelín Tablada

Género: Ensayo

Introducción

El 1ro de mayo de 1852 al nordeste de España, en Petilla de Aragón, pequeña aldea de la parroquia del mismo nombre, diócesis de Jaca, localidad navarra dentro de tierra aragonesa, nació a las nueve de la noche Santiago Felipe Ramón y Cajal^{1,2}, por eso algunos lo consideran navarro aragonés, pero más que tratar de ubicarlo en una localidad de origen, Cajal fue un español universal, un eminente sabio que estuvo siempre por delante de su tiempo. Sus padres fueron Antonia Cajal Puentes y Justo Ramón y Casasús, barbero y médico, ambos nacidos en la aldea de Larrés (Huesca)³. Su infancia estuvo marcada por un movimiento constante de un pueblo a otro. A los dos años su familia se traslada a Larrés, luego vivió en Luna y en Valpalmas donde inició la escuela a los cuatro años.

A los ocho años se traslada a Eyerbe³. Durante la niñez se le calificaba como un niño travieso, atlético, buen lector, que se disgustaba por tener que aprenderse las lecciones de memoria, amante de la naturaleza, la pintura y la fotografía; su padre deseaba que el hijo fuera médico y lo matriculó en la Universidad de Zaragoza. Cajal se graduó e hizo el servicio militar y se presentó a oposiciones de médico militar, las cuales ganó y fue destinado como capitán médico a Cuba que en esa época estaba en guerra con España. En el 160 aniversario de su natalicio es objetivo de este ensayo rendir tributo al eminente histólogo español al revisar de manera historiográfica y documental su actividad como médico militar.

Servicio Militar y ubicación en el Regimiento de Burgos.

Licenciado en Medicina en junio de 1873 por la Universidad Literaria de Zaragoza (ver figura 1), vendría después una etapa difícil en su vida. En 1868 había estallado en Cuba la guerra de los diez años y en 1872 se iniciaba la tercera guerra carlista. Emilio Castelar, estadista y escritor gaditano, ocupaba la jefatura del gobierno, poco después de la abdicación de don Amadeo I de Saboya (1871-1873), hijo de Víctor Manuel II de Italia y descendiente de Humberto Blancas Manos, fundador de

la casa soberana¹. Don Castelar promulgó el reclutamiento obligatorio de todos los mozos útiles con el propósito de mantener el alto coste en vidas de un ejército con frentes abiertas en luchas internas y coloniales⁴. Cajal no fue la excepción y fue llamado a filas como recluta del Servicio Militar, conocido por quinta de Castelar. La vida de recluta le duró poco tiempo, solo 8 meses, pues aprovechándose de la celebración de oposiciones para médicos segundos de Sanidad Militar¹, se dirigió a Madrid y obtuvo el sexto puesto de 32 plazas vacantes entre 100 candidatos que se presentaron³.



Figura 1. Retrato de Cajal a los 21 años al graduarse de Licenciado en Medicina.

Del examen en Madrid recordaría después una interesante anécdota al quedarse dormido el propio día del examen "A causa del exceso de lectura, se me pegaron las sábanas el día de actuar en el ejercicio escrito; y llegué al Hospital Militar (situado entonces en la calle de la Princesa) a las ocho de la mañana, es decir, una hora después de comenzado el acto. En vista de mi ausencia, el tribunal me había excluido. Gran triunfo fue conseguir la entrada en el local. A fuerza de ruegos logré al fin enternecer al bondadoso doctor Losada, jurado del tribunal. Ya en el salón, transcurrieron más de quince minutos sin que nadie me atendiese, ni lograra que los opositores, absortos en su trabajo, me dejaran espacio para sentarme y escribir. Devorado por la impaciencia, y resuelto a todo, gané un trozo de mesa a fuerza de apretujones, arrebaté al más próximo unas cuartillas, y comencé a disertar sobre la *Etiología del cólera morbo*, tema que nos había tocado"⁵.

Regresó muy contento a Zaragoza con su nombramiento de Médico segundo de Sanidad Militar y su flamante uniforme admirado por sus colegas, allí recibe la orden de ubicación en un nuevo regimiento. El 8 de septiembre de 1873, ya con el grado de teniente médico, se incorporó a su primer destino, el Regimiento de Burgos. Esta formación militar, bajo el mando del simpático y caballeroso coronel Tomasetti⁵, operaba por esa fecha en la provincia de Lérida, con la misión de defender los Llanos de Urgel de los ataques de los carlistas y estaba compuesto por

unos 1400 hombres, incluido un batallón de cazadores, un escuadrón de coraceros y algunas baterías de artillería de campaña⁶.

Por aquella época España se encontraba en una interesante encrucijada histórica marcada por tres problemas fundamentales: los desatinos inherentes de la Revolución triunfante, el carlismo que no se resignaba a perder sus prebendas y reales derechos y sobre todo la formidable insurrección cubana que era el último bastión del maltrecho poderío ibérico¹. Cajal deseoso de aventuras guerreras se aburría durante el tiempo que estuvo como médico en su país. Había en el norte de España una guerra entre republicanos y reaccionarios carlistas, pero él no tuvo la suerte de ser testigo presencial o actor de esa acción guerrera. Su tarea fundamentalmente consistía en marchas y contramarchas a los distintos pueblos aledaños al cuartel general. Es interesante comentar que aunque le pertenecía por su rango una plaza montada, él abandonaba el caballo y prefería hacer las etapas a pie conversando con los oficiales⁵.

Luego de unos meses en tierra catalana, en abril de 1874 recibe la orden de traslado a Cuba. La Sanidad Militar de la Península realizaba sorteos de personal para cubrir bajas de Ultramar y Cajal fue uno de los designados por la suerte. El traslado a Cuba implicaba el ascenso a un grado superior, es decir la graduación de capitán (primer ayudante médico)^{5,7,8} como puede observarse en la figura 2. Antes de partir hizo una rápida visita de turista a Barcelona para admirar el mar que no conocía, donde luego iba a navegar 18 días seguidos.

Justo Ramón, su padre, no estaba de acuerdo con el viaje de su joven hijo médico. Así lo describió Cajal "Mi afán de ver tierras y abandonar la Península contrarió mucho a mi padre. Trató, pues, de disuadirme del viaje, aconsejándome la petición de la licencia absoluta. Pintome con los más negros colores la insalubridad de la isla y, el peligro de una campaña, en la cual me exponía a perecer obscuramente; me recordó que mi porvenir estaba en el profesorado y no en la milicia; apuntó, en fin, el temor de que, a mi regreso de Cuba, naufragaran mis conocimientos anatómicos tan laboriosamente adquiridos, dando además al olvido generosas aspiraciones"⁵. Cajal además del cumplimiento del deber se sentía atraído por las aventuras, por el ansia de conocer nuevas costumbres. Por otra parte, recordaba que su hermano Pedro, dos años menor, se había escapado de la casa y fue a parar a Uruguay donde se alistó como soldado en la Pampa, fue herido varias veces y terminó como secretario de un jefe indio, para retornar a casa ocho años después³, esta era entonces la oportunidad de Santiago de realizar sus aventuras.



Figura 2. Retrato de médico militar, hecho antes de embarcar a Cuba.

Convencido el padre de que su hijo no iba a desistir del viaje, le procuró entonces algunas cartas de recomendación para el capitán general y otros personajes de la isla de Cuba con el objetivo de que lo destinaran a un puesto relativamente salubre, por ejemplo, a una guarnición en Puerto Príncipe, Santiago o La Habana. Con sus cartas y toda la emoción por el viaje partió de Cádiz en el vapor "España" con rumbo a Puerto Rico y Cuba⁵, aunque para el investigador Monteros-Valdivieso¹ el viaje se realizó en el vapor correo español "Guipúzcoa", así lo confirma el "Diario de la Marina" que al día siguiente del arribo del galeno registra su nombre en la lista de pasajeros. Consideramos que Cajal se confundió al escribirlo años después ya que el regreso a su país sí fue en el "España".

Llegada a La Habana y ubicación en Vista Hermosa.

El miércoles 17 de junio de 1874 llegó con 22 años a La Habana⁹, el joven Cajal se sintió atraído por el Castillo del Morro, los maravillosos parques y jardines de la ciudad, así como por la flora tropical en general, pues se había fascinado por ella en sus lecturas. La Habana le pareció una mera continuación de Andalucía^{1,10} y ansiaba conocer la manigua cubana, las selvas vírgenes. Tarda poco tiempo en comprobar, sin embargo, que la admirada manigua soñada resultaba insoportable para los europeos, pues Cajal -que nunca enseñó las cartas de recomendación que le había entregado su padre- fue destinado al teatro de operaciones bélicas en el Departamento Central de Puerto Príncipe, actual provincia de Camagüey.

Hay que señalar que Santiago Ramón llega a Cuba en los momentos en que el generalísimo Máximo Gómez había atravesado la trocha de Júcaro a Morón, llevando la insurrección a la provincia de Las Villas; era también la época en que el general Antonio Maceo, el Titán de Bronce, se anotaba sus mejores triunfos militares con un puñado de nobles soldados cubanos¹. Cada día crecían las ansias de libertad e independencia de los cubanos que se organizaban en una épica contienda conocida después como guerra de los Diez Años y que se había iniciado el 10 de octubre de 1868 con Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria. En este escenario bélico se insertaría el galeno español.

Según sus propias palabras “la enfermería que yo debía regentar era de las más peligrosas y aisladas: la de *Vista Hermosa*, perdida en plena manigua, dentro del distrito de Puerto Príncipe, en medio de un país asolado y despoblado por la guerra”^{10 8}. En barco se trasladó a Nuevitas y en tren blindado a Puerto Príncipe, alojándose en la Fonda del Caballo Blanco^{1,11}. Durante el trayecto los oficiales que le acompañaban se burlan de sus sentimientos republicanos y confirma que el ejército metropolitano destacado en la isla tenía simpatías monárquicas y era de filiación Alfonsina, supo incluso, que el repúblico Castelar había caído en franco descrédito y que su caída del poder era inminente, situación que pudo comprobar meses después, el 29 de diciembre de 1874, sobrevino la sublevación de Sagunto y la proclamación de Don Alfonso XII se hizo realidad.

El Hospital de campaña de Vista Hermosa, carente de medicamentos y provisiones, estaba rodeado de extensos maniguales, en una zona de difícil acceso². Se trataba de “un enorme barracón de madera, con techos de palma y capaz para unas 200 camas”¹⁰. Los enfermos que atendía eran casi todos palúdicos y disintéricos, procedentes de las columnas volantes de operaciones en Camagüey, heridos en la contienda bélica eran muy pocos. La ausencia de la exuberante fauna y flora que se había imaginado más los omnipresentes mosquitos, propagadores del temido paludismo, consiguieron deshacer por completo el ideal romántico y aventurero que Cajal se había formado. No encontró el carnicero y agresivo jaguar, el parsimonioso león, el pesado y corpulento oso, ni la furtiva serpiente venenosa¹⁰.

Años después escribiría en su libro “Recuerdos de mi vida”: “Dormía yo junto a mis pacientes, dentro de la gran barraca, en un cuartito separado del resto por tabique de tablas. Además de cama y mesa, contenía mi departamento, en pintoresca mezcolanza, fusiles de los soldados muertos, cartucheras y fornituras de todas clases, cajas de galletas y azúcar, botes de medicamentos, singularmente del sulfato de quinina, providencia del palúdico en los países tropicales. Con cajones y

latas vacías dispuse en un rinconcito un laboratorio fotográfico y construí el estante destinado a mi exigua biblioteca”¹⁰.

Inicialmente el joven médico la pasó bastante bien, atendía a sus numerosos enfermos y en sus ratos de ocio se entretenía con la lectura, el dibujo, la fotografía y el estudio del idioma inglés a cuyo fin se había procurado en la Habana un buen golpe de libros e ilustraciones yanquis, además del indispensable Ollendorff. Luego la inadecuada alimentación compuesta de pan, galletas, arroz, café y eventualmente algún plátano o coco, unido a la presencia permanente de los mosquitos dañaron su organismo y se enfermó. Según sus propias palabras “había perdido el apetito y las fuerzas; el bazo se hipertrofiaba; la color tornose amarillenta; andaba premiosamente, y la anemia, ¡la terrible *anemia palúdica!*, se iniciaba con todo su cortejo de síntomas alarmantes. Al fin quedé postrado, siéndome imposible atender a los enfermos. Un practicante estulto me suplía; todo iba manga por hombro. Para colmo de desdicha, ¡al paludismo se agregó la disentería!...”¹⁰.

Por esos días participó en una escaramuza con un grupo de mambises que atacaron el puesto militar. El jefe del destacamento le ordenó al joven médico que se pusiera a buen recaudo en el fortín adyacente pero este se negó y decidió permanecer junto a sus enfermos y defender la enfermería. Coincidentemente Cajal se encontraba en esos momentos con fiebre alta y casi delirante se hizo de un fusil y convocó a los menos graves al combate. Les habló de la Patria y la mayoría se incorporaron lentamente de sus camastros y empuñaron las armas. Fue el propio galeno quien dio la voz de fuego y una descarga cerrada de fusilería salió por las ventanas, los mambises se retiraron y se logró evitar que tomaran el hospital que dirigía. De esta acción comentaría Cajal “Una vez más se frustraba, por fortuna, mi loco anhelo de bélicas contiendas. En mi entusiasmo olvidaba a menudo que mi cometido no era batirme, sino curar dolientes. Bien se advierte que el ansia necia de notoriedad, de vanagloria, me perseguía hasta en el lecho del dolor”¹⁰.

Es interesante como el joven médico dedicaba parte de su tiempo libre a observar las aguas sucias encharcadas a través de un microscopio que se había agenciado, en busca de microorganismos. Era la época en que se atribuía el origen, sobre todo de la malaria (voz italiana que significa mal aire), a los efectos nocivos o malignas

emanaciones llamadas miasmas, de las aguas estancadas o bien pantanosas y de aquí el nombre de paludismo que recibió, término procedente del latín palus que significa pantano¹. El Cajal investigador ya venía en formación y armado de su microscopio pasaba muchas horas en el estudio detallado de aquellas aguas. Esto llamó la atención del comandante del puesto militar, que remitió un informe a las autoridades donde refería que el “físico” Cajal se pasaba las horas mirando por un tubo por lo que solicitaba su traslado para otro destacamento ya que en nada le servía^{1,11}. Enfermo de paludismo, disentería y anemia solicitó una licencia y se fue a la ciudad de Camagüey a reponer su quebrantada salud (figura 3).



Figura 3. Fotografía de Cajal en Puerto Príncipe (actual Camagüey) después de convalecer del paludismo.

Ubicación en San Isidro y regreso a España.

En Camagüey, el Dr. Manuel Grau Espalter, Jefe de Sanidad, nombra al Dr. Santiago provisionalmente como miembro del Cuerpo médico de guardia del Hospital de Puerto Príncipe¹. En ese periodo cumplía sus labores asistenciales y compartía con colegas que habían sido formados en la península; tenía además amplia vida social, participaba en las clásicas peñas de los cafés, casinos y tertulias caseras. Como un hombre de bien se alejaba del tabaco, el ron, el juego y las sacerdotisas de Venus; los cuatro vicios que él señalaba como depauperadores del espíritu, entereza, salud y bolsillo de la oficialidad hispana, la cual acusaba un elevado índice de corrupción. Fue la época más agradable de su estancia en Cuba⁸, confesaría años después.

Llevaba cuatro meses en la isla y solo había recibido la primera paga de capitán que consistía en 125 pesos oro a pesar de que mensualmente enviaba a La Habana los justificantes de su trabajo. “La penuria económica de los médicos de enfermerías

no obedecía sólo al clásico desbarajuste de la administración española; debiose también al desfalco de un tal Villaluenga, farmacéutico del Hospital Militar de la Habana y habilitado general del Cuerpo de Sanidad, el cual se fugó a los Estados Unidos en compañía de 90.000 pesos y de una pelandusca¹⁰. El pago a los médicos era muy desigual, los que prestaban servicios en las capitales percibían puntualmente sus haberes, los de batallón solían retrasarse algo, si bien disponían del recurso de recibir anticipos de la caja del regimiento o de empeñar pagas devengadas en casas de comercio. Los que estaban destacados en trochas o en enfermerías de campaña, como Cajal, dependían en lo económico de la habilitación general de La Habana y sin relaciones de amistad con el comercio de las ciudades les era bien difícil la supervivencia.

Cajal ante la difícil situación económica le expuso su problema al Dr. Grau quien tuvo la bondad de gestionar entre los compañeros un préstamo de 125 pesos a reintegrar de sus haberes atrasados. Gracias a un leal amigo, supo después con sorpresa que esta acción había desagradado a los colegas y que fue criticado por pedir limosna para vivir a poco tiempo de estar en la isla. Sintió mucho la injusticia de sus compañeros porque si bien es cierto que tenía cuatro meses en Cuba, todo ese tiempo lo pasó intrincado en la manigua sin recibir salario y tres de esos meses estuvo gravemente enfermo. Esa conmiseración despectiva fue dura pero necesaria lección, jamás olvidada. Juró entonces que en lo sucesivo no pediría prestado un céntimo a nadie, así cumplió estrictamente su decisión hasta el final de sus días.

El fallecimiento del médico-director de la enfermería de San Isidro en la trocha del Este, puso fin a la situación provisional de Cajal en Puerto Príncipe. El Dr. Grau sin tener en cuenta que existían otros ayudantes médicos disponibles y que la salud del galeno distaba mucho de estar consolidada, lo designa para sustituir al compañero fallecido, quien por cierto había sustituido también a otro médico caído en el cumplimiento del deber. Cajal aceptó a pesar de que no estaba contento con la designación, una vez más demostró su disciplina militar.

La enfermería de San Isidro era uno de los varios hospitales de campaña anejos a la trocha militar del Este, la cual comenzaba en Bagá, pequeña población de la amplia bahía de Nuevitas. Emplazada en terreno bajo y pantanoso, ofrecía mayor insalubridad que Vista Hermosa, a la que llevaba solamente la ventaja de superior facilidad en comunicaciones y aprovisionamientos. Entre San Isidro y San Miguel de Nuevitas, la principal ciudad de la trocha, no lejos de Bagá, circulaba diariamente cierto tren militar, llamado por los soldados plataforma. Para proteger el hospital de campaña, vasto cobertizo capaz para 300 enfermos, se alzaba delante un recio

fortín como se aprecia en la figura 4, destinado a la guarnición. Algunos pobres bohíos, habitados por lavanderas y obreros negros, completaban el exiguo poblado, que dependía en absoluto de San Miguel, para los suministros de víveres y demás operaciones comerciales¹⁰.



Figura 4. Fortín en la enfermería de San Isidro.

Situada en una vasta sabana cruzada por ciénagas, la enfermería de San Isidro tenía múltiples deficiencias higiénicas, de una parte, la guarnición, casi siempre enferma en sus dos tercios, y de otra, el hecho singular de haber sido escogido dicho paraje como lugar de corrección de oficiales borrachos y calaveras. Uno o dos meses de destierro en San Isidro se consideraba, y no a humo de pajas, que, acabada la suave condena, los oficiales levantiscos gozaban la más dulce de las tranquilidades: los unos, por haber muerto; los otros, por yacer impotentes en el lecho del dolor^{1,10}.

En San Isidro el capitán médico tuvo que asistir hasta 300 enfermos por día afectados de viruela, úlceras crónicas, paludismo y disentería. Allí la falta de disciplina era evidente, buena parte de los empleados estafaban al Estado, desde el jefe de la guarnición hasta los practicantes y cocineros. Los enfermos se quejaban de la mala calidad de la comida y la falta de sazón de la ración de gallina que recibían. Cajal comenzó sus averiguaciones y descubrió un pequeño almacén donde el cocinero guardaba las raciones que luego iban a parar a manos de los oficiales, de manera que practicantes y oficiales comían pollo a todo pasto y los enfermos que habían sido autorizados por el médico para recibir ciertas dietas sufrían de hambre. "Casi toda la carne, huevos, jerez y cerveza consumidos por los oficiales y practicantes salía del presupuesto del hospital"¹⁰.

Cajal discutió fuertemente con el comandante y defendió a sus enfermos y su responsabilidad administrativa del hospital. El oficial se burló del médico y a partir de ahí trató de molestarlo todo cuanto pudo hasta que un día ordenó resguardar sus dos caballos en la enfermería, junto a los pacientes⁶. El capitán médico se negó a las pretensiones del oficial que decidió iniciarle una instrucción sumaria por insubordinación y amenazas a la autoridad. Este oficial comentaba entre sus subordinados que su tío brigadier destacado en Santiago de Cuba, lo ayudaría y que no se detendría hasta meter al médico en la cárcel. A raíz de este proceso las autoridades de Puerto Príncipe conocieron de los abusos de autoridad cometidos por el jefe militar de San Isidro y decidieron sustituirlo por motivos de salud.

En las noches Cajal se divertía observando las danzas de los africanos y escuchando la música de un italiano alistado en el ejército español que tocaba el arpa, su enfermedad continuó en progreso y le fueron denegadas en varias ocasiones las licencias que solicitaba. El Dr. Grau se limitaba a responderle "Carezco de personal, resista usted cuanto pueda; en cuanto disponga de médicos de refresco, haré un esfuerzo por reemplazarle"¹². Decide entonces solicitar licencia absoluta del ejército, lo trasladan en condición de enfermo al Hospital de San Miguel y finalmente se le concede la licencia el 15 de mayo de 1875, con el diagnóstico de caquexia palúdica grave, incompatible con todo servicio^{1,2}. Regresó a Europa en el vapor "España"⁶, despojado de sus atuendos como médico militar se convirtió a fuerza de ser un obrero infatigable de voluntad indomable¹³, en el más grande científico español de todos los tiempos. En el 160 aniversario de su natalicio los neurocientíficos cubanos rendimos tributo al hombre que cumplió con creces las razones de su vida de ser "investigador, maestro y patriota"¹⁴.

Referencias bibliográficas

1. Monteros-Valdivieso MY. Vida de Cajal. Síntesis y perpetuación de la obra del Genio de las Españas. La Habana: Editorial Lex; 1955.
2. Delgado García G. Don Santiago Ramón y Cajal (1852-1934), figura máxima de las ciencias españolas. Cuad Hist Sal Pub 2008;103. [citado: 20 de agosto de 2012]. Disponible en: [http://bvs.sld.cu/revistas/his/his_103/his13103.pdf].
3. Igual Úbeda A. Ramón y Cajal. Vida de grandes hombres. Segunda edición. Barcelona: Editorial Seix Barral, S.A; 1958.
4. Fernández Armayor V. Los 100 años del premio Nobel (Santiago Felipe Ramón y Cajal, 1852-1934). Rev Neurol 2006;43(2):65-66.

5. Ramón y Cajal S. Recuerdos de mi vida. Primera parte. Mi infancia y juventud, capítulo XXII. Centro Virtual Cervantes. [citado: 16 de agosto de 2012]. Disponible en: [http://cvc.cervantes.es/ciencia/cajal/cajal_recuertos/recuerdos/infancia_22.htm].
6. Moreno-Martínez JM, Martín-Araguz A. Santiago Ramón y Cajal: su actividad médico militar (1873-1875). Rev Neurol 2002; 35(1):95-97.
7. Farrerons Co X. Las dos medicinas. Historia compendiada de la medicina en eones. Barcelona: Espaxs. Publicaciones Médicas; 1997.
8. Biografía de Cajal [citado: 15 de agosto de 2012]. Disponible en: [http://cajal.unizar.es/sp/bio/biograf_3.html].
9. Laín Entralgo P. Historia universal de la Medicina. Edición en CD-ROM. Barcelona: Masson, S.A y XL sistemas S.A; 1988.
10. Ramón y Cajal S. Recuerdos de mi vida. Primera parte. Mi infancia y juventud, capítulo XXIII. Centro Virtual Cervantes. [citado: 16 de agosto de 2012]. Disponible en: [http://cvc.cervantes.es/ciencia/cajal/cajal_recuertos/recuerdos/infancia_23.htm].
11. Abreu Ugarte JE. Camagüey: estancia de Santiago F. Ramón y Cajal. Archivos Médicos de Camagüey 2009; 13(6). [citado: 16 de agosto de 2012]. Disponible en: [http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1025-02552009000600017&lng=es&nrm=iso&tlng=es].
12. Ramón y Cajal S. Recuerdos de mi vida. Primera parte. Mi infancia y juventud, capítulo XXIV. Centro Virtual Cervantes. [citado: 17 de agosto de 2012]. Disponible en: [http://cvc.cervantes.es/ciencia/cajal/cajal_recuertos/recuerdos/infancia_26.htm].
13. Ramón y Cajal S. Recuerdos de mi vida. Segunda parte. Capítulo XXVII. Centro Virtual Cervantes. [citado: 17 de agosto de 2012]. Disponible en: [http://cvc.cervantes.es/ciencia/cajal/cajal_recuertos/recuerdos/labor_27.htm].
14. Ramón y Cajal S. Recuerdos de mi vida. Segunda parte. Capítulo XXVIII. Centro Virtual Cervantes. [citado: 17 de agosto de 2012]. Disponible en: [http://cvc.cervantes.es/ciencia/cajal/cajal_recuertos/recuerdos/labor_28.htm].

DATOS DEL AUTOR

Breve reseña del autor

Ricardo Hodelín Tablada. (Santiago de Cuba 1964). Graduado de Doctor en Medicina (1987) por el Instituto Superior de Ciencias Médicas de Santiago de Cuba (ISCM-SC), de Especialista de Primer y Segundo Grado en Neurocirugía por el Instituto de Neurología y Neurocirugía de Ciudad Habana. Máster en Ciencias en Urgencias Médicas. Doctor en Ciencias Médicas. Profesor Auxiliar. Investigador Titular de la Academia de Ciencias de Cuba. Diplomado en Bioética por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Presidente de la Cátedra de Bioética del ISCM-SC. Militante del PCC. Ha publicado más de 130 trabajos científicos en Revistas de Cuba, España, Portugal, Italia, Brasil, Chile, Colombia, Argentina, Uruguay, Ecuador, Perú, México, Guatemala, Mozambique, Africa del Sur y Zimbabwe, asimismo ha colaborado con capítulos en nueve libros y tiene tres libros como autor único "Muerte encefálica y trasplante de órganos". Editorial Oriente, 2004, "Ernesto Che Guevara. Tributo a una existencia bioética". Ediciones Santiago, 2006 y "Enfermedades de José Martí". Editorial Oriente, 2007. Ha recibido múltiples distinciones entre ellas dos Condecoraciones Estatales la Orden "Julio Antonio Mella" (2004), la más importante condecoración que otorga el Consejo de Estado de la República de Cuba a jóvenes que se destacan en sus labores y la Medalla "Abel Santamaría" (1996), ambas por sus resultados en el trabajo y la investigación científica. Cuatro sellos "Forjadores del Futuro" de las Brigadas Técnicas Juveniles (BTJ), otorgados por el Buró Nacional de la UJC. Ocho veces el Premio Anual de la Salud otorgado por el Consejo Provincial de Sociedades Científicas de Santiago de Cuba. Título de Oro al graduarse de Médico. Ha participado en más de 230 eventos científicos nacionales e internacionales con la presentación de más de 300 trabajos. Ha recibido 50 Cursos Postgrados e impartido 59. Es Presidente de la Sección de Historia de la Neurología y Neurocirugía de la Sociedad Cubana de Neurología y Neurocirugía. Miembro de 7 Sociedades Científicas Nacionales e Internacionales, del Comité Revisor (Peer Reviewer) de la Revista China Neural Regeneration Research (NRR), de la Revista Cubana de Neurología y Neurocirugía y del Consejo Asesor de la Revista MEDISAN. Integra la Comisión Nacional para la Determinación y Certificación de la Muerte en Cuba y el Comité Nacional Cubano de Bioética.